

# El Herald de la Guardia Civil

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO

AÑO II

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
TRIMESTRE

Península..... 1,50 pesetas.  
Ultramar..... 3,75 —  
Extranjero..... 5 —

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Madrid 15 de Octubre de 1894.

TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR.—Apartado en Correos, núm. 147.

OFICINAS: CALLE DE SANTA LUCIA, 10, MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

1.ª El tiempo mínimo de suscripción será un trimestre.  
2.ª Las suscripciones se cobrarán por trimestres adelantados, cualquiera que sea el tiempo porque se hagan los abonos.  
3.ª Las suscripciones se contarán desde el principio del mes en que se reciba el aviso.  
4.ª *Importantisima.* La suscripción se continuará indefinidamente en tanto no se reciba aviso en contrario.

NUM. 63

## La revista de los capitanes.

Después de demostrar en nuestro anterior número la necesidad de reducir las revistas reglamentarias que los jefes de Comandancia deben pasar á las unidades que mandan, justo es que insistamos sobre lo que á los capitanes interesa.

Los artículos 35, 37 y 38 del reglamento, que marcan la obligación que tienen los comandantes de compañía, de revistar cada mes una de las líneas de la suya, toda la fuerza á sus órdenes una vez al año, y dos por lo menos todos los pueblos de su demarcación en igual espacio de tiempo, estos artículos lo mismo alcanzan al capitán que sirve en Málaga, en Valencia, en Bilbao, que á los que mandan una compañía, la única, en cualquiera de las provincias gallegas ó en otros puntos, lo mismo al que mande una demarcación reducidísima, que al que tiene los puestos esparcidos en una zona de muchas leguas cuadradas.

Contra esto vamos nosotros á hablar, con toda la fuerza que prestan la razón y la lógica.

Si el capitán que manda una fuerza que ocupa toda una provincia, ha de revistar al mes la tercera parte de ella, su totalidad una vez al año, toda su demarcación, pueblo por pueblo, y caserío por caserío, dos veces cada doce meses; si ha de acudir á la capital á cobrar los haberes, á recibir órdenes verbales del jefe, y si por contera tiene la ineludible obligación de abandonar su residencia cada vez que un incidente reclama su presencia en determinado punto, bien puede asegurarse que, de los 365 días del año, apenas si puede contar con el pico para poderlos pasar en su casa, en su hogar, al lado de sus hijos.

Todo esto dijimos al tratar este asunto por primera vez, allá por el mes de Marzo del año pasado; todo esto es suficiente para convencer á cualquiera de que es un absurdo que rija el mismo precepto para quienes se encuentran en bien distintas situaciones.

Triste suerte la del capitán que sea destinado á mandar una de esas compañías de referencia; triste suerte, sí, porque aun suponiendo que la fatiga corporal y el papel de judío errante no le importen gran cosa, difícilmente le bastará el sueldo para atender á sí mismo y á las necesidades de la familia, que el noventa y cinco por ciento tienen.

Convencidos de la bondad de nuestra causa, como ayer apelábamos á la atención del general Palacio, volvemos á hacerlo hoy con mayores pujanzas, persuadidos de que las iniciativas del veterano Director, y su espíritu anti-rutinario, aliviarán la situación de los capitanes agobiados de servicio, armonizando los intereses de éste, que no se han de resentir por una revista menos rutinaria, é inútil muchas veces, con el natural descanso que es preciso á todo el que trabaja.

Estudie bien la cuestión el general Palacio, y se convencerá de que hay que establecer distingos; porque tal como está organizada la Guardia civil, no se puede medir á todos los capitanes por el mismo rasero.

## Lo que se dice

La combinación de destinos de jefes y oficiales que publicábamos en nuestro número anterior se ha ampliado, destinando: de ayudante del 6.º Tercio, á D. Matías Ruiz Gopegui, capitán del escuadrón del 9.º; á este destino, el ayudante del 6.º, D. Eduardo Lobo; á la 8.ª compañía de Soria, al ayudante del 7.º, D. Juan Santos, y á este destino el de la 8.ª de Soria, D. Pedro Córdoba.

Los segundos tenientes D. Fermín González Celaya, de la quinta de Cuenca, á la quinta del Sur; don Enrique Femenías Ortiz, de la tercera de Badajoz á la décima de Castellón; D. Eduardo Artigas Camarás, de la décima de Castellón á la tercera de Badajoz.

Hemos recibido muchas cartas de felicitación de los jefes de Comandancia por nuestro artículo abogando en pro de que se suprima la doble revista.

Agradecemos las galantes manifestaciones de los jefes, y pueden estar seguros de que, sin excitaciones, seguiremos adelante en defensa de una causa que tan justa creemos.

[Vuelta *El Imparcial* con las vacantes de los guardias]

Nuevamente dice que por qué no se cubren las vacantes de tropa, como las de jefes y oficiales, al mes siguiente de ocurrir.

Pues porque está mandado que se dejen un mes sin cubrir, para obtener el beneficio de esos haberes.

Y el general Palacio se limita á cumplir lo preceptuado.

Es cuanto podemos decir al ilustrado colega.

Se nos dice que por la Dirección de Carabineros se ha hecho al Ministerio de la Guerra una moción

fundamentando el que se apliquen en los nuevos colegios de sargentos las vacantes que carabineros da á la Guardia civil para los sargentos de aquel Cuerpo, y las que en carabineros tiene que hacer el benemérito Instituto, que se queden en beneficio de los sargentos de éste.

Recordarán nuestros lectores que hace pocos días tratamos este asunto con gran extensión, y que las razones que alegaba el autor del artículo, nuestro querido é ilustrado amigo Quintana Duque, eran de una gran fuerza.

No es cosa de repetir aquellos argumentos; la moción es oportuna, lleva consigo la razón y la lógica, y nos alegraremos que prospere.

Y para esto, bueno sería que la Dirección de la Guardia civil tuviera otra semejante, para que el Ministerio viera que lo que carabineros pretende, es también una aspiración de la Guardia civil.

En el pueblo de Alcubillo (Ciudad Real) fué agredida una pareja que, con su energía pudo reprimir

Una Comisión del Ayuntamiento de Gracia, compuesta del alcalde Sr. Gansachs, teniente de alcalde señor Arteaga, concejal Sr. Sabadell, y secretario señor Calvo, ha entregado al celoso teniente del Instituto D. Alfredo Peña, las insignias de la cruz del Mérito militar que ha poco le concedió el Gobierno, y que el expresado Municipio acordó costearle como muestra de gratitud por los distinguidos servicios prestados por dicho oficial en la expresada villa.

## Real orden de 30 de Agosto.

Perjuicios que ocasiona á las clases de tropa.

Grandes son los perjuicios que ocasiona á la clase de cabos y guardias la Real orden de 30 de Agosto, respecto á sus ascensos: no hay más que hojear el escalafón de cabos, y se verá que en Cuba son ascendidos éstos al inmediato (empleo personal), á los cuatro años de antigüedad; y, como dice muy bien



Tipos de la Guardia Civil.—Corneta en traje de gran gala.

Á la galantería, con nosotros tantas veces acreditada, del notable artista D. Victor Morelli, debemos el poder proporcionar á nuestros lectores este hermoso grabado, hecho expresamente para EL HERALDO. Queda prohibida la reproducción, sin previo permiso.

el tumulto, sostener el orden, y meter en cintura á aquellos cafres.

Se ha cursado á Guerra propuesta de recompensas á favor del cabo Bernardo Puertas y guardias José Urquiza y Baldomero Cubero, por el mérito que contraieron en la extinción de un incendio. Se consulta al cabo para la cruz del Mérito militar, blanca, y á los guardias mención honorífica.

También se ha cursado á Guerra otra propuesta á favor del cabo comandante del puesto de Totana (Murcia), D. Luis Carrasco Martínez, por su heroico comportamiento en un incendio de la expresada villa.

Esta meritisima clase, despreciando el peligro inminente que corría, en medio de la admiración de los vecinos de Totana, salvó en el siniestro expresado á una infeliz criatura, librándola de muerte cierta.

Por su notabilísimo comportamiento se le propone para una cruz de 7,50 pesetas.

el Sr. Alkendi en su carta inserta en el núm. 60 de su ilustrado semanario, que el empleo personal es lo mismo que el efectivo, porque goza de los beneficios que éste tiene, es una ganga muy grande el ascender á sargento á los cuatro años de ser cabos, después de haber obtenido este último á los dos años de ser guardia, mientras en estos Tercios figuran en escalafón cabos segundos con la antigüedad de 10 de Octubre de 1878, es decir, con dieciséis años de cabo, y todavía éste tardará en ascender lo menos dos años, pues hace el núm. 211. Dicha Real orden paraliza por completo los ascensos en estos Tercios, puesto que continuamente están regresando cabos y sargentos de Ultramar; y son tantos los que regresan, especialmente cabos, que llegará día que no solamente se les dará colocación en las terceras vacantes, sino que cubrirán la mitad, puesto que regresando mensualmente mayor número que los que obtienen colocación, los supernumerarios irán aumentando en número, hasta que llame la atención del Gobierno, y disponga, como dejo dicho, que cubran la mitad de las vacantes, con el fin de amortizarlos. Y á los guardias veteranos y estudiosos de la Península, ¿qué les quedará para saciar su honrada aspiración? ¿La conformidad? No; no puede ser

que se conformen el cabo con ser cabo, y el guardia que desea ascenso, con ser toda la vida guardia; es necesario, pues, que por quienes corresponda, sea derogada la expresada Real orden, y se abra el pase para Ultramar, especialmente á las clases, sin distinción de estados; y si esto no se lleva á cabo, debe pedirse se derogue la Real orden de la amalgama, pues no cumpliéndose ésta respecto al pase de estos Tercios á aquéllos, es perjudicial á los intereses de todas las clases de tropa de la Península.

J. E. P.

## Desde Marmolejo

Señor Director de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL.

Apreciado amigo: Verdaderamente en Madrid se hace difícilísimo darse cumplida cuenta de la situación porque atraviesa la Guardia civil.

Ahí, como reza antiguo adagio: «Todo el monte es orégano», y las contrariedades de distinta clase con que lucha la Benemérita, se desconocen, cuando no llegan á noticia del curioso totalmente desfiguradas.

Porque ¿qué importancia puede otorgarse en la capital de la Monarquía, donde toda la vida nacional hállase concentrada; donde la autoridad dispone de medios ilimitados; donde las distracciones diversas solicitan la concurrencia de continuo; donde todo es luz, bullicio y exhibiciones incesantes: Qué importancia, repito, puede otorgarse á la vida de provincia, y dentro de ella á la rural, dispersa y muda en la soledad del campo?

A Madrid llega la ola de dinero que el país obtiene, en tanto que aquí ha de formarse, al conjuro de ímprobo trabajo, cada uno de los elementos que componen la humilde gota que, unida á otra y á mil, constituyen luego la masa líquida de que hablamos.

Es preciso estudiar, pues, en su origen, las condiciones del subsuelo, si ha de llegarse al conocimiento del verdadero estado de las cosas superiores; y este conocimiento sólo puede producirlo la experiencia cuando no se adquiere sobre el terreno, como el torero se hace en la cabeza del toro.

Tomar cualquiera de los trenes que diariamente se lanzan desde esa, en las distintas direcciones que ofrece la extensión superficial de nuestra Península, es el primer paso. Entiendo, pues, perfectamente acertada la nueva ruta seguida por *El Liberal*, porque entiendo de precisión absoluta que el concurso de los mortales para quienes España termina en las puertas de San Vicente y Atocha, ó, á lo sumo, en la Concha de San Sebastián, se den cuenta del estado de las provincias, nada halagüeño por cierto, y que estas mismas se persuadan del de sus hermanas y vecinas.

Pues esto que ocurre con el país, es perfectamente aplicable al Instituto.

Hay quien juzga de la Guardia civil por el décimo-cuarto Tercio, y entiende que el servicio de la Corporación nada deja que desear, en tanto se mantengan en perfecta policía los plantones de la Presidencia y Ministerio de la Gobernación, y en las corridas de toros y procesiones no falten bizarros y apuestos jinetes. ¿Es esta la Guardia civil que soñó el Duque? Nada más remoto.

El marqués de las Amarillas y los Gobiernos que se adheriesen al gran pensamiento de constituir el Cuerpo, no pensaban en tales bagatelas, y la seguridad de los viajeros de todas clases, y la persecución incesante de criminales, y el perenne auxilio á la propiedad y á las personas, eran los principales puntos de mira perseguidos.

Pero ¿es que hoy no se hace? Indudablemente sí; mas aunque se mande, ejecute y así recen cartillas, reglamentos y circulares, la pureza y realización de tan inmejorable sistema, ¿quién la garantiza?

Porque la Guardia civil no puede sustraerse al medio ambiente en que vive la nación. El oxígeno que coloree los pulmones de ésta será quien lleve á los suyos aliento y vida. Si el oxígeno es impuro, si el aire está enrarecido ó viciado, defectuoso y letal será la existencia del Instituto, por lo mismo de haber llegado á constituir éste el único organismo militar, con apellido civil, que haya encarnado hasta formar parte principal de la madre patria.

Por eso las ciudades, villas y lugares de estos reinos piden de continuo aumento de Guardia civil, ante la persuasión de la insuficiencia numérica del contingente actual para las necesidades públicas. Insuficiencia que determina la abrumadora carga que hoy gravita sobre el Instituto.

El puesto que menos ha de atender, entre mil cosas, á la circunscripción de terreno cuya superficie acredita la imposibilidad de vigilarlo con mediano éxito. A las escoltas de trenes. A las conductas de presos. A las correrías y entrevistas. Al paso de carruajes y, en una palabra, á atenciones importantes, tan complejas y numerosas, que repito es imposible de todo punto llenarlas á satisfacción.

Estas ligeras observaciones hámelas inspirado

Ayuntamiento de Madrid



vista sólo de la Guardia civil así que puse el pie fuera de esa corte, embargándome el ánimo de tal suerte, que han dado al olvido con su galante encargo; y si me lo permite, procuraré en sucesivas cartas demostrar aquello que, en mi sentir, interesa más a la Corporación. Esto es, que sin imponerse la nación el sacrificio pecuniario que representa el aumento de contingente, puede obtenerse de la Guardia civil mayor resultado, descartándola de obligaciones tan contradictorias y repulsivas como lo son para ella las inherentes a la policía judicial en la forma establecida; las del servicio de escolta de trenes de la manera en que hoy se presta, y para beneficio no más que de las Compañías, y, en una palabra, sustanciando preceptos y sustanciando deberes a lo necesario y reconocidamente útil en Cuerpo tan provechoso. Claro es que, para el logro de misión tan espinosa, confiadamente, y de antemano, cuento con el auxilio de su ilustrado periódico, y el de tantos señores jefes y oficiales que con mayores medios han de cooperar sin duda alguna a mi modesto propósito.

De Marmolejo ¿qué decir á usted? Sobre recordar al insigne Berge en *La Bruja*: «Todo está igual, parece que fué ayer.»

La misma concurrencia, numerosa, eso sí, ó población flotante en demanda de alivio á sus padecimientos. El mismo manantial alcalino; las propias hospederías y el paisaje asombroso de siempre, retratado en las tranquilas aguas del Guadalquivir. Sino que ahora las alamedas y florestas no ofrecen el manto de verdor que cuando me dirigía á ustedes en anterior temporada, ni el recuerdo de Bailén. Siempre pujante cuando se marcha hacia el mes de Julio, deja en el espíritu otra impresión que la de la melancolía propia de las primeras festividades del próximo Noviembre.

Hago aquí punto para que no resulte interminable esta carta, y hasta la próxima—*Deo volente*—queda de usted afectísimo amigo y compañero,

B. VEGA.

## Reclamaciones justas

NOTAS EN LA FILIACIÓN

Aspiración vehemente ha mucho tiempo era la Real orden de 7 de Abril del presente año, por la que se dispone pasen de las filiaciones á las hojas de castigos, y en lo sucesivo se anoten en éstas, «todas las notas correspondientes á faltas cuya corrección no exceda de un mes de arresto, ora provengan de procedimiento escrito, ó de reincidencia en falta leve.»

No puede decirse en esta ocasión que la redacción oficial se presta á interpretaciones vagas y contrapuestas; más claro, ni el igual.

Pues sin embargo, aún hay un jefe, uno que nosotros sepamos, que no ha entendido la parte preceptora de la única manera que puede entenderse.

Un guardia, cuyas iniciales son R. R., solicita su reenganche porque, acogiéndose á la Real orden de 7 de Abril, una nota que tiene en la filiación debe pasar á la hoja de castigos, pues le fué estampada como consecuencia de un mes de arresto que sufrió, y, por lo tanto, tiene perfecto derecho al reenganche.

El coronel, no obstante, un coronel que goza justa fama de ilustrado y competentísimo, le devuelve la instancia alegando que no tiene derecho á que le desaparezca la nota de la filiación, porque la Real orden de referencia favorece sólo á los que hayan sufrido menos de un mes de arresto.

¿Pero dónde dice eso? Tenemos delante la colección legislativa, abierta por su página 102, en la que está inserta la Real orden de la que hemos transcrito antes el párrafo dispositivo, subrayando con toda intención la palabra «exceda.»

«Las notas correspondientes á faltas cuya correc-

ción no exceda de un mes de arresto», dice literalmente el texto legal.

Ahora, mano al Diccionario.

EXCEDER: *sobrepasar, traspasar, pasar, extralimitar, salirse de los términos, de los límites*, etc. Esta es la acepción gramatical de la palabra aplicada á un sujeto abstracto.

Luego si el arresto que sufrió el guardia R. R. no sobrepasó, ni traspasó, ni pasó, ni extralimitó, ni se salió de los términos, ni de los límites de un mes, la nota consecuencia de la falta debe pasar de la filiación á la hoja de castigos; y, por lo tanto, ese guardia tiene derecho á reenganche.

Y no se nos vaya á enfadar el señor coronel aludido, como se nos enfadó el del tercer Tercio, no ha muchos días.

Nuestros trabajos están inspirados en el amor al prestigio del Cuerpo; en el bien de su servicio; en el bienestar de sus individuos; en la justicia de todas las causas que defendemos. Y cuando la prensa habla en nombre de tan sagrados intereses, tiene derecho á la fiscalización y á la censura, haciéndolo con el comedimiento y la cultura propia de un periódico que, como EL HERALDO, tiene la honra de ser el órgano del Cuerpo más respetable y más respetado.

¡Extraño error el que, porque se censuran los actos de un jefe, se produce quebrantamiento en la disciplina! La disciplina no se cuarte porque señalemos una falta, sino porque se resientan sus cimientos: la justicia y la interior satisfacción.

Hoy no sacamos á plaza el nombre del coronel aludido, porque confiamos en que padece en el asunto un error de interpretación, que confiamos desaparecerá cuando lea estas líneas, y las leerá seguramente.

La rectificación que de él esperamos no ha de amenguar por eso su reputación, porque de sabios es el errar, y de hombres justos el alegrarse en satisfacer un derecho, siquiera sea confesando su equivocación.

## Por los guardias jóvenes

¡Con cuánta satisfacción cogemos la pluma cuando nos disponemos á tributar un aplauso! No hacemos oposición sistemática, y de ahí que duelenos en el alma tener que *pegar* cuando las circunstancias así lo aconsejan. Desde estas columnas hemos defendido á los procedentes del colegio de guardias jóvenes, pidiendo para ellos lo que de justicia les corresponde. Entre los asuntos tratados, uno, el relacionado con el abono de tiempo desde los catorce años, parece ser que está en vías de llegar á ser un hecho. Y claro es, no podía menos de ser así. Aún hay patria. ; aún hay ilustrados jefes en el Instituto, y un Director que vela como cariñoso padre por sus subordinados, y, según nuestros informes, á la hora de escribir estas líneas se encontrará ya en Guerra la instancia de un procedente del colegio de Valdemoro pidiendo el abono expresado. Y era ya hora de que tal sucediese. Los argumentos en su defensa de este asunto adjunimos en nuestros números anteriores eran tan concluyentes y terminantes, que no había lugar á dudas, y á gritos pedían por sí solos que desapareciera un estado de cosas que, por lo absurdo no tenía explicación posible.

Porque si la Real orden de 11 de Mayo de 1892 no comprendía á los guardias jóvenes, según el decir de algunos, ahí estaba otra de más antigua fecha, la de 24 de Octubre de 1886.

Aplicáseles cualquiera; pero forzoso es que alguna de las dos cobije sus derechos. Siempre hemos entendido que aquella referirse también á los guardias jóvenes, porque al decir la soberana disposición de 11 de Mayo, en estos ó muy parecidos términos: «Tienen derecho á que sus servicios se les cuente desde los catorce años los procedentes de las Academias y demás colegios militares,» creíamos de buena fe que el de Valdemoro sería uno de los aludidos.

Pero ¡triste desengaño! Después hemos sabido que alguien oficialmente ha opinado que no, y aun, lo que es peor, que en algún artículo, no recordamos de dónde, en letras de molde, se dice que el colegio de Valdemoro no es un establecimiento militar. Para nosotros tal teoría es un absurdo. A menos que resultemos ahora con que el expresado Centro es algún seminario.

Es militar, muy militar. Díganlo, si no, los héroes del Canal de Isabel II. Si aquellos colegiales imberbes no hubieran sido militares; si su educación, sus principios, sus hábitos y sus costumbres no hubieran sido eminentemente militares, nadie nombrádoslos habría para aquel difícilísimo y arriesgado servicio que les valió la nota de valientes por el mérito que contrajeran.

Allí no se usa la campana: su llamada pedagógica es la corneta, nada más que la corneta; y desde el toque de diana hasta el de retreta, todos sus movimientos y evoluciones se ejecutan con arreglo á los reglamentos tácticos.

¿Qué diferencia, pues, entre ellos y las demás academias? Ninguna, absolutamente ninguna. Porque si en apurado caso la patria los llamara, como militares irían á derramar su sangre, exactamente lo mismo que los noveles oficiales de las academias, y sin otra diferencia que los de Valdemoro formarían como soldados, y los otros en la escala de su categoría.

¿Que no se reconoce esto, que, á nuestro ver, muy claro está? Pues aplíqueseles en buena hora la Real orden de 24 de Octubre de 1886; siendo el mismo resultado el procedimiento para llegar á ese fin justísimo, nos es completamente indiferente.

Porque si á los voluntarios en el ejército se les da el título de educandos hasta los dieciséis años, tal título también se otorga á los guardias jóvenes, y así se consignan en su día en sus respectivas filiaciones. Porque ¡claro está! en Valdemoro los muchachos educándose están, y á más son músicos, y tocan la corneta exactamente lo mismo que en los regimientos; y como esta soberana disposición habla precisamente de educandos, músicos y cornetas, y de esto participan en general todos los de aquel establecimiento, en previsión de que, al cumplir los dieciocho años, fecha de su salida forzosa del colegio, no alcanzaran la estatura para servir como guardias en el Instituto, no vemos el por qué del distinguo.

Y este indispensable derecho que nosotros hemos defendido para los procedentes de Valdemoro desde este modesto semanario, á la hora presente ha tenido feliz resonancia: como ya indicamos al principio de este artículo, el laborioso jefe Sr. Montoya no ha tenido inconveniente en aconsejar al Director del Cuerpo que la instancia de X, enviada tan ábién por otro ilustrado jefe de Comandancia, debía remitirse al Ministro.

En el departamento á su cargo está ya, según nuestras noticias. Esperemos, pues, su resolución, que Dios quiera nos proporcione ocasión de hacer extensivo al señor general López Domínguez el sincero aplauso que desde estas columnas enviamos á los que, separándose de los moldes rutinarios y caducos, han pedido para los procedentes del Colegio de Guardias jóvenes lo que de derecho les corresponde. Así sea.

## Vivan las oposiciones anuales

PARA EL ASCENSO Á CABO!

Las razones expuestas en nuestro HERALDO por alguno de sus colaboradores, en pro de las oposiciones para optar al empleo de cabo, me han hecho tomar mi mal cortada pluma, á fin de manifestar que estoy dispuestísimo á prestarle mi humilde ayuda, hallándome persuadido hasta la evidencia se adherirán á él cuantos le hayan leído y sean sensatos é imparciales, puesto que sus deseos en que el sis-

tema de dicho ascenso no sufra alteración alguna, van encaminados en un todo al bien general.

Tampoco puedo menos de aplaudir de todas veras la protesta que hace mi ilustrado compañero, de un artículo publicado también en nuestro centinela EL HERALDO, con fecha 29 de Junio último, en el cual propone el guardia José Casero Jiménez que las susodichas oposiciones no debían ser anuales, y sí hacerse apertura de nueva promoción cuando se agotasen las listas de todos los aprobados en el examen último. Proposición tan directa al bien propio, no puede menos de ser desoída y protestada por todos los que ciframos nuestras únicas esperanzas en el ínfimo y paulatino progreso de la clase de tropa; por lo tanto, antes de haber pensado así el Casero Jiménez debió fijar su vista en el considerable número de compañeros que con aptitud suficiente para desempeñar el cargo de cabo, quedarían vinculados por una larga serie de años; unos por no tener la edad para tomar parte en los exámenes, y otros por hallarse en el desagradable período de invalidación de alguna nota.

Confío en que la razón, que se halla al alcance de todos, se hallará también al de nuestros dignos gobernantes, y desatenderán peticiones tan llenas de mira particular. Así es que debe importarnos un ble-do procuren algunos aproximarse al asca á su sardina (vulgamente sea dicho), pues no ha de ser á ellos á quienes concedan la libertad de hacer y deshacer en tan delicados asuntos.

ENRIQUE CID PARDO.

LA GUARDIA CIVIL Y LAS AUTORIDADES

## Al César lo que es del César

Si en la difícil misión encomendada á la Guardia civil pudo haber ocasiones en que los malos la censurasen, tratando oscurecer y relegar al olvido sus timbres y laureles, ganados tan á fuerza de sacrificios y penalidades; también surge cada día, entre los buenos, la entusiasta idea de añadir una hoja más á la corona que ora el nombre de tan meritisima Institución y dejar aquéllos esculpidos con dorados é imperecederos caracteres.

Orgullosos visten tan envidiado uniforme, sus jefes y oficiales é individuos de tropa, y con verdadera interior satisfacción recogen el fruto de sus trabajos, llevando á la sociedad, que los mira asombrada, la confianza, el descanso y la tranquilidad, que el criminal la roba.

Los pasos difíciles de su escabrosa carrera los salvan siempre con tanta felicidad y acierto, que son contados los que perecen en ellos; y éstos lo deben sólo á un olvido de sus sagrados deberes.

Por esto mismo, así como cuando tenemos que lanzar un gemido de dolor, al ver mal parada la reputación de tal ó cual individuo de este Cuerpo, lo hacemos poseídos del mayor disgusto, no podemos sustraernos tampoco la alegría que nos causa el tener que demostrar verdadero agradecimiento hacia aquellas autoridades ó personas que tanto estiman los servicios de la Guardia civil.

Así es que, al llegar á nuestro conocimiento un escrito que se ha remitido por el ilustrísimo señor Fiscal de la Audiencia de lo criminal de Ciudad Real, al Jefe de aquella comandancia, no hemos podido menos de exclamar, como al principio de este artículo... «Al César lo que es del César, y á la Guardia civil aplausos y páginas hermosas para la limpia historia que empezó su fundador y que han sabido sostener con tanto empeño sus Directores, como hoy lo hace el veterano y recto general Palacio, que con acertada marcha rige los destinos de este Cuerpo, viéndose secundado por todos los que de él forman parte.

En corroboración de nuestros asertos, y para hacer

Y no se nos objete de apasionados.

Que nuestra modesta opinión sea la última. Pero que el espíritu nacional se reaccione y la patria se dé cuenta de la extensión é importancia del hecho realizado por el inteligentísimo jefe á quien nos referimos, seguros entónces de que la justicia no se hará esperar.

Nadie como la prensa puede realizar el milagro.

Si esta poderosa palanca de la opinión, cuyo extremo inferior somos y representamos, quiere otorgarse un baño de aire puro, y desinfectarse de las pasiones de secta á que se ve compelida á diario, por leyes inevitables de su propia constitución en San Cristobal puede hacerlo.

Si el beneficio de un torero ó el de un cantante; si la celebración de un juicio oral ó la inauguración de cualquier feria son motivos sobrados para que la prensa se concite y acuda para llevar á los lectores las impresiones del hecho, ¿se considerará inferior el examen de las obras que constituyen la llave de nuestra independencia y el primer baluarte del mundo, realizadas sin toques de rebato, dictámenes de juntas y ponencias rimbombantes y si por el ingenio, virtud patriótica y altas dotes de un oscuro oficial?

¡A Pamplona en excursión fraternal! ¡A Pamplona á oxigenarse con el aire español, sólo español, que se respira en la cima de San Cristobal, no enarrecido por ninguna baja pasión! ¡A San Cristobal la prensa española, á glorificar el genio nacional, y recabar para el veterano y sabio director del *Reducto Alfonso XII*, la recompensa que tan legítimamente tiene merecida!

¡Felices nosotros si hubiéramos logrado contribuir en alguna parte á tan grande como merecida reparación!

Octubre de 1894.

El Heraldo de la Guardia civil.

## El reducto de Alfonso XII (1)

RECUERDOS DE UNA EXPEDICIÓN A PAMPLONA

IV

Seguridad de las construcciones.—El San Cristobal es la primera obra de fortificación.—Consiguación miserable.—El coronel Luna.—Llamamiento á la prensa nacional.

Efectivamente es asombroso que obra de las enormes dimensiones del Reducto Alfonso XII, no registre en su desarrollo un paso en falso, hundimiento ó centricidad, tan comunes de sobrevenir en lo general de las construcciones.

Y no se crea que esta ausencia de inconvenientes proviene de la índole del trabajo; hija es de la escrupulosidad matemática en el cálculo previo, de lo minucioso y detenido del realizado, de la infatigable y celosa inspección á que se ha visto sometido de continuo y de no dejar, en fin, el menor detalle sujeto á las contingencias de lo imprevisto y azaroso.

El coronel Luna no pidió sólo al monte su posición formidable, militar y estratégicamente considerada, sino que después supo escudriñar el subuelo de aquella enorme masa para cimentar firme y para siempre este Reducto honra de España, gloria indisputable del cuerpo de Ingenieros y página de piedra donde la edad presente, si el espíritu de equidad no ha huido del planeta, halle ocasión adecuada de ensalzar á su autor y con el que su honrado nombre pase enlazado á la posteridad.

En mi pequeñez é insignificancia, no acertaba á hacerme otras consideraciones cuando siguiendo de cerca al director de las obras pasaba de una batería á otra, de un depósito á otro, de un camino cubier-

(1) Véanse los tres números anteriores.

to á un camino de ronda, de una escarpa á una contrascarpa, de una montacargas á un polvorín, que las engendradas por la sorpresa.

¿Cabe—me preguntaba—que labor tan grande y titánica, como acabada y patriótica no se haya en cargado la fama de divulgarla por los ámbitos de la Península, por los de Europa y por el mundo entero?

Ni la vecina Francia con su Mont-Valerien y enormes trabajos de fortificación en la frontera Este; ni Alemania con el renombrado fuerte Alejandro en Coblenza; ni Inglaterra con Gibraltar llegaron jamás adonde alcanzó España sobre la cima del San Cristobal.

Y, sin embargo, ¡qué diferencia de aprecio, tan sensible! Aquí, desde la muerte del Rey, los ministros de la Guerra otorgaron tan relativa importancia á aquella maravilla, que con decir se presupuestan anualmente ¡ciento dieciséis mil pesetas! está dicho todo.

Si con esta suma puede adelantarse un metro en los trabajos, será extraordinario. Con ciento dieciséis mil pesetas hay para atender escasamente al entretenimiento de lo construido, pero... para nada más.

Ya sé yo que no han de faltar rentistas, *hombres de negocios*, jurisconsultos, propietarios y políticos, para quienes resulte sobrado dinero las cien mil del pico, y hasta mal empleado, si á mano viene; pero también abriga la esperanza de que no son de semejanse estrecho y antipatriótico modo de pensar los muchos hombres de valer con que España cuenta aún, por fortuna, y que al conocerse bien la obra, á ninguna otra comparable, qué se está elaborando lentamente en la meseta del San Cristobal, se encauzará la opinión, y la voluntad nacional impulsará á los ministros de la Guerra para perseverar en su prosecución y término en el plazo más perentorio posible. Si el espíritu público no tuviera, que sí tie-

ne, otra manera de manifestarse que por medio de la prensa periódica, el periodismo español bastaría á levantar esta gran cruzada y á mover los impulsos del pueblo en dirección del Pirineo, abierto de par en par al enemigo, más que por las necesidades del comercio internacional, por otros móviles tan poco levantados que hasta ofende aludirlos

\*\*

Mi humilde confianza en esto estriba.

Prensa que cuenta entre sus filas hombres como Burell, Cavia, Mellado, Rancé, Olavarria, Suárez de Figueroa, Alas, Moya y tantos otros, de enumeración imposible, siempre dispuestos á entrar en línea y consumir el último cartucho en defensa de los ideales sacrosantos de la patria, no hay que temer deje en el olvido al modesto oficial de nuestro ejército que entre cielo y tierra, á quinientos metros de altura, vive abstraído y alejado de todos para concentrar sus potencias y sentidos en la obra, siempre grande, de la independencia nacional.

Como el águila podéis verle allí, envuelto entre nubes, sobre elevaciones desde donde se pierde la noción de la vida del planeta y sin más objetivo que los luminosos colores de nuestra enseña, expuesta ahora á todos los ultrajes de una invasión, sin aquel antemural inexpugnable.

Hombre así, que tal servicio se halla rindiendo á la causa del suelo que le vio nacer, expuesto está á las contingencias de la ley de retiros que le arranca bruscamente del ideal á que ha dedicado su existencia toda, para arrojarlo bruscamente en una situación pasiva, si aceptable y acaso conveniente para el común de los mortales, imposible de todo punto cuando se trata del mérito relevantísimo y sobresaliente que en el coronel de ingenieros señor Luna se precisa reconocer.

\*\*



bien pública esta conducta, no podemos menos de copiar párrafos como los que siguen:

«Lamento como nunca que asuntos urgentes del servicio, y especialmente la necesidad de reducir á declaraciones los datos que en su luminosa comunicación me proporciona el celoso y dignísimo capitán D. Ricardo Pérez y Acevedo sobre el asesinato cometido en Benavente el 4 del pasado, me impidiera ayer acusar á V. S. en el acto recibo de la misma. Al hacerlo hoy, como lo verifico, ni he de ocultar la viva satisfacción que me anima, ni debo escatimar mis justos elogios á V. S., en primer término por la actividad desplegada para secundar los propósitos de esta fiscalía, y el acierto con que ha procedido en la elección del personal que había de llevar á cabo la misión que el 26 del pasado le encomendé, y en segundo principalísimo al señor Capitán y señor Teniente D. Félix Jiménez y Jiménez que, auxiliados por los sargentos y guardias á sus órdenes han prestado á la justicia servicio tan importante como el expresado en la comunicación fecha 2 del corriente. Unos y otros, con especial mención el primero, se han distinguido con gallardas muestras de inteligencia y pericia; se han hecho acreedores á los aplausos de los buenos y son dignos de recompensa por el rudo é incesante trabajo á que han venido entregados y por la habilidad con que han procedido en el cumplimiento de su difícil misión, aportando de ese modo valiosos datos al proceso mencionado y evidenciando una vez más que es la Guardia civil tan digna de veneración por su presente, como por su honradísimo pasado. No cumpliría con su deber de justicia si antes de terminar no recordara á V. S. al primer teniente D. Valeriano Molina del Valle. Cúmplenle expresarle, en efecto, que tan digno oficial es honra del Cuerpo; y aunque no ha acompañado á los señores citados en las investigaciones practicadas por éstos en el lugar del suceso, ha manifestado, por su afanoso deseo y su inteligente iniciativa, lo mucho que de sus relevantes cualidades puede y debe esperarse en cuantas ocasiones tenga que poner de manifiesto, al servicio de su Instituto, sus envidiables dotes. Tengo una verdadera complacencia, señor comandante, en realizar el acto de justicia que implica cuanto dejo expuesto.»

Esto dice el dignísimo funcionario del poder judicial, Sr. Longuée; esto es lo que de su puño y letra está escrito, y esto lo que enorgullece á esos guardias civiles, cuyos nombres quisieran ocultar por su modestia, pero que desean resuñen hasta en el último puesto de España, para que sus compañeros todos puedan hasta la saciedad repetir que, ahora como siempre, hay quien sepa sostener á la altura que corresponde el nombre del Cuerpo, que desde antiguo es la única garantía del orden social.

¡Cuán grato deberá ser para el imparcial general Director, Sr. Palacio, el recrearse en la lectura de estas líneas; y qué enorgullecido quedará al ver de qué modo cumplen sus deberes cuantos están á sus órdenes!

¡Y cuán satisfecha y gozosa se halla esta redacción al consignar estos hechos, que con frecuencia se repiten!

## La Guardia civil en el peligro

A última hora, y con el laconismo obligado, el telégrafo nos comunica la espantosa tormenta desencadenada en el pueblo de Herencia.

Aunque se ignoran detalles, sábase que el comportamiento de la Guardia civil allí establecida, como siempre, ha sido notabilísimo, prestando todo género de auxilios, contando que el comandante del puesto, el cabo Juan Torroba García, salvó de una muerte segura á un infeliz criatura. En nuestro número próximo nos ocuparemos extensamente de este hecho, que lleva una página más de gloria á las brillantísimas historias del Instituto

## D. ENRIQUE RUBIÑOS

—¿Quién es?

—El chico de la imprenta, contestó el ordenanza de la redacción.

Creíamos que traía las pruebas de algún artículo, cuando en la mano del criado vimos, con extrañeza, una escuela de defunción.

No podíamos suponer que un dependiente del impresor de EL HERALDO, nos trajera la noticia triste del fallecimiento de Rubiños.

Era éste un hombre joven todavía, cuarenta y tres años, de excelentes prendas personales, amigo de sus amigos hasta la pared de enfrente.

Maquinista notabilísimo, obrero de los buenos, su dinero y su inteligencia han estado siempre al servicio del progreso en el arte, y á sus desprendimientos, á sus sacrificios muchas veces, débese el renombre que tiene su acreditado establecimiento.

La fortuna, no obstante, ha concedido muy pocos favores; es una coqueta que gusta más de la truhanería y las malas artes, que de las honradeces y la buena fe de los incautos que no se preocupan, ó miran con desdén, lo que se llama la aguja de ma rear.

¡Pobre Rubiños!

Las mismas máquinas que labraron su reputación, han impreso su nombre orlado de negro, en el eterno girar de sus volantes y el incesante ir y venir de las platinas.

Rubiños era algo de EL HERALDO, y su infortunada familia sabe la parte activa que tomamos en su duelo.

Fué un hombre honrado: éste es su mejor título.

## Permutas.

Ricardo Navarro Santa María, guardia segundo de la Comandancia de Castellón, puesto de Benicásim, desea permutar para la de Granada.

Andrés Núñez García, guardia segundo de la Comandancia de Guipúzcoa, puesto de Irún, desea permutar para Zamora, León ó Palencia.

Germán Salvatierra Redondo, guardia segundo de la Comandancia de Valladolid, puesto de Iocar, desea permutar para la 8.ª Compañía de Segovia.

## Nuestro consultorio

**Biescas.**—M. T. G.—Sí, señor. (Real orden de 4 de Julio de 1893.)

**Alcorisa.**—M. V. M.—Si en su anterior lo disfrutó, tiene derecho. (Real orden de 2 de Enero de 1892.)

**Calahorra.**—F. U. O.—Figura con el número 15; no tiene derecho, por no llevar seis años.

**Bande.**—A. L. Q.—1.ª No, señor. 2.ª En el mes próximo al que le corresponda. 3.ª No, señor. 4.ª Hasta ninguno, porque los aspirantes antiguos son casados; en el último correo han acusado 16 vacantes. 5.ª Sí, señor.

**Puebla de Don Fadrique.**—A. M. C.—No, señor.

**Huelva.**—F. B. T.—1.ª Sí, señor; figura usted con el núm. 7. 2.ª 16. 3.ª No figura.

**Santa Cruz.**—J. D. P.—1.ª El 24. 2.ª A las seis. 3.ª Sí, señor. 4.ª A los diecinueve años y un día. 5.ª Remitido.

**Pandiel.**—L. C. T.—En la Comandancia de Sancti Spiritu, pueblo de Tunas.

**Villarreal.**—J. T. M.—1.ª No, señor; han de terminar el compromiso. 2.ª En San Jorge (Habana). 3.ª No la pierden nunca.

**Jarandilla.**—M. A. C.—1.ª Sí, señor. 2.ª Se ignora, porque no han dado vacantes. 3.ª En Bermeja. 4.ª En la Comandancia de Cienfuegos, puesto de Ingenio Sastre.

1.ª Si están en las filiaciones, sí señor. 2.ª En Toluca (Guipúzcoa), el Sr. Sanz; el guardia Fernández, en Palencia, Almonacid, en San Sebastián, y Marina Caballero, Lanturo (Santander). 3.ª Sí, señor; puede ser por cuatro. 4.ª A los 12. 5.ª No existe galón de doble plus: éste se cobra á los dieciséis años de servicio voluntario. 6.ª Sí, señor; viven fuera, y pagan la casa; pero les dan una gratificación. 7.ª Un cabo está próximo al ascenso. 8.ª En Villar de los Navarros (Zaragoza).

**Benicásim.**—R. N. S.—1.ª No, señor; deben entregarse al juez: la caza corresponde á la pareja. 2.ª El 8.114. 3.ª Aspirantes, 57; vacante no se conoce. 4.ª Publicada. 5.ª Se contestará por correo.

**Medina Sidonia.**—R. G. D.—1.ª Ascendió en Enero del 92, con antigüedad de 21 de Noviembre del 91, en vacante del postergado Pedro Cerdán Sánchez. 2.ª La de Modesto López Ponce, en Cádiz 9.ª y la dejó en Octubre del 92 con antigüedad de 6 de Agosto del 92. 3.ª Si cuando salió el postergado le correspondió antigüedad del 92, se cubrió por los de este año, porque el postergado va á ocupar vacante del que asciende en su lugar; y, por lo tanto, no es vacante hasta que sale de la unidad á que es destinado.

**Aholeda.**—P. C. G.—1.ª El 14. 2.ª No puede manifestarse. 3.ª No, señor.

**Mondónedo.**—F. Q.—1.ª Se hará como desea. 2.ª Vea usted el sueldo de nuestro número anterior, sección de «Lo que se dice».

**Portbou.**—J. P. F.—1.ª Figura usted con el 11. 2.ª 28. 3.ª Hecho el traslado.

**Itres.**—J. R. J.—Puede solicitarlo; el descuento se lo hará la Comandancia, en la forma que corresponda.

**Cocentaina.**—N. M. L.—1.ª Remitido lo que interesa. 2.ª En esta corte, Fúcar, 13.

**Va encia.**—M. L. L.—Está hecha la reclamación á Gobernación, pero se ignora cuándo lo abonarán.

**Sevilla.**—S. V. M.—El núm. 11.

**San Fernando.**—C. M. S.—El 6.

**Aranjuez.**—M. G. M.—1.ª No figura. 2.ª Hecho el traslado.

**Daroca.**—J. P. M.—1.ª Sólo hay uno, que se llama Pedro Martínez Mora, y cuya instancia está á informes de Zaragoza. 2.ª El postergado va á ocupar la vacante del cabo que asciende en su lugar, y por tanto en aquella unidad no hay vacante hasta que es destinado á otra.

**Baltanás.**—A. V. M.—1.ª Abonados en 1.º del actual. 2.ª No hay antecedentes; pregúntelo á la Subinspección. 3.ª Sí, señor. 4.ª Salinas, en Guanabo (Habana), y Farinas en la Dirección del Instituto.

**Mijar.**—A. M. M.—El 553 entre los soldados.

**Solert.**—R. L. G.—El número 11.

**Alicante.**—C. R. M.—El 38.

**Villajüiga.**—N. L. P.—1.ª El 113, y hay 117 aspirantes. 2.ª El 10.

**Itán.**—S. L. H.—1.ª El número 93 entre los soldados. 2.ª Remitido lo que pide.

**Cercadilla.**—V. C. J.—1.ª El 355 entre los cabos. 2.ª El 58. 3.ª Burgos, 79, Palencia, 24, y Valladolid, 60. 4.ª No figura.

**Cuarrel.**—R. M. M.—1.ª El 39. 2.ª 11. 3.ª Roque Mateos el 11.839; Ramiro López el 3.056; Higinio Palacios el 11.372 y Pedro Díaz el 3.105. 4.ª Licenciado en Cuba en Marzo de 1892. 5.ª No, señor. 6.ª Sólo en caso muy peligroso, procede separarlo; y en este caso la pareja debe sustituirlo para que el servicio no quede abandonado; lo natural es que el hecho se ponga en conocimiento de sus jefes naturales, y éstos procedan.

**Landia.**—M. G.—Se hará como interesa.

**Cazalla.**—N. J.—1.ª Hecho el traslado. 2.ª Puede solicitarlo del presidente de la sociedad. 3.ª Precise el nombre y apellidos, y se le contestará. 4.ª Idem, id.

**Jarandilla.**—T. F.—1.ª El 1610. 2.ª Se contestará por correo.

**Utrera.**—J. J. I.—1.ª El 9.636. 2.ª El 10. 3.ª El 12. 4.ª El 46. 5.ª Cinco años y tres meses.

**Montión.**—L. T. T.—1.ª Vea lo que dijimos en nuestro número anterior respecto al asunto. 2.ª Entendemos que sí. 3.ª El 9.334. 4.ª En Algodonales (Cádiz).

**Iscar.**—G. S. R.—1.ª Trece años y dos meses. 2.ª Puede usarla. (Decreto de 22 de Noviembre de 1869 y Circular de 11 de Igual mes de 1872.) 3.ª Se contestará por correo. 4.ª Publicada.

**Irún.**—A. N. G.—1.ª En Guerra no ha tenido entrada la instancia. 2.ª El 36. 3.ª El 84. 4.ª León 48 y Palencia 24. 5.ª En Medina (Cádiz). 6.ª Publicada.

**Savahermosa.**—L. S. G.—Martín Carbonero, Isaac Suárez, Lope Sánchez Castro, José Sierra, y Felipe Martín.

**Jerez.**—F. R. P.—1.ª El 9. 2.ª El 8.

**Cádiz.**—F. L. H.—1.ª El 16. 2.ª El 63. 3.ª El 350. 4.ª El 440 entre los cabos. 5.ª Se remitirá.

**Tarragona.**—P. P. C.—1.ª El 3. 2.ª El 18. 3.ª El 66. 4.ª De armas. 5.ª No, señor.

**Infantes.**—A. F. A.—1.ª Sí, señor; 2,50 pesetas diarias. 2.ª Hecha la suscripción.

**Alcázar de San Juan.**—E. O. H.—1.ª Juan Casanova, el 6.561; Vicente Sans, 991, y Rafael Núñez, 11.916. 2.ª Según los casos. 3.ª Aclare usted la pregunta. 5.ª Se contestará por correo.

**Talamanca.**—E. R.—1.ª El 228 entre los cabos. 2.ª El 3. 3.ª Los rematantes, no; pero como en la misma pregunta habla de autoridades, precisa aclarar la consulta para contestarle categóricamente. 4.ª No se recibió. 5.ª Precise el autor, y se le remitirá.

**San Juan de las Abadesas.**—C. S.—1.ª El 30. 2.ª El 17. 3.ª Sí, señor, todo, menos el de limpieza, en el caso en que estén alojados. 4.ª Remitido lo que interesa.

**Sierras Yeguas.**—M. S. B.—1.ª Que se conozca en la Península, ninguna. 2.ª Idem idem. 3.ª Sí, señor, pero se ignora cuándo podrá ser baja. 4.ª 4. 5.ª Sí, señor. 6.ª El 1.

**Quintana de la Serena.**—E. H. G.—1.ª El 27. 2.ª El 120.

**Villanueva de Cameros.**—I. T. C.—1.ª Sí, señor; tiene derecho (Real orden de 26 Octubre de 1886).

**El Palo.**—M. G. A.—Suponemos será por no haberlo incluido en los presupuestos; pida mayores datos á la Comandancia, pues nosotros carecemos de antecedentes.

E. Rubiños, impresor, San Hermenegildo. 32.

forzado la puerta sólo para correr al encuentro de sus aliados?

Y volviéndose airado al hombre que permanecía algún tanto retirado, exclamó:

—De este atropello inaudito se me dará satisfacción cumplida, caballero. La justicia viene aquí engañada; el castillo de los condes de Sotoverde no es una mansión de criminales.

—La señora Condesa está irritada, contrariada, repuso el caballero, y no acierta á explicarse lo que sucede: como juez del distrito y representante de la ley, ninguna puerta puede permanecer cerrada cuando yo llame á ella. He tenido el honor de decir á la señora Condesa que sólo he venido en busca del señor Conde, y repito que á V. S. nadie osará decirle una palabra, ni con V. S. rezan las órdenes que tengo de la superioridad.

Se advertía que el juez se hacía una gran violencia para hablar de aquella manera, para contenerse, para aparecer galante con aquella dama.

—El señor Conde, murmuró Anselmo adelantando pálido como un cadáver, está ahí, ensegabinete, agonizando, muerto tal vez...

Un grito salvaje escapó de los labios de la Condesa; de un salto, como la leona que ve heridos de muerte á sus cachorros, atravesó el salón y desapareció por la puerta del gabinete.

Anselmo y el juez la siguieron.

Eulalia se había arrodillado junto al cuerpo de su esposo, y sus manos buscaban con ansia sobre su pecho los latidos de su corazón; pero su cuidado era ya completamente inútil.

El frío de la muerte invadía el cuerpo del Conde, y de sus labios entreabiertos salía una espuma blanquecina, pero de un blanco sucio, manchado, asqueroso.

—¡Muerto! gritó la Condesa, poniéndose de pie, rígida, terrible, y mirando con una ansia inmensa hacia el velador. ¡La copa!... ¡El veneno!...

Y viéndola vacía, se volvió al juez, que la contemplaba mudo de espanto, extendió el brazo hacia Anselmo, y añadió con un grito que era como la explosión de toda su cólera, de todo su odio:

—¡Él! ¡El infame ha envenenado á mi marido!...

Y vencida al fin por tantas emociones, agotadas sus fuerzas, cayó pesadamente sobre una butaca, perdiendo el conocimiento.

Apresuróse el juez á socorrerla, y en tanto, Anselmo, horrorizado al oír aquella última y terrible acusación, se cubría el rostro con ambas manos, y con acento de profundo terror, murmuraba como si hablase consigo mismo:

—¡Justicia! ¡Justicia de Dios!

## CAPÍTULO XX

QUE PUEDE MUY BIEN SERVIR DE EPILOGO Á LA PRESENTE HISTORIA

¿Necesitamos explicar ahora á nuestros lectores lo que había sucedido?

Claudio tenía razón; de Filipinas se fue de volver, y el juez volvió, y volvió decidido á desenmascarar á los dos infames que tan desgraciados habían hecho á sus amigos, y que á el mismo le habían destruido de España, matando acaso su porvenir y su carrera.

Una vez llegado á España, revolvió, inquirió, no descansó un momento hasta dar con la pista de Anselmo y Magdalena, y una vez encontrados, los siguió á París, á la cárcel, en su larga peregrinación luego; y antes que llegaran á Huesca, presumiendo una nueva infamia de Eulalia, apuró al juez que ocupaba su lugar, se libraron exhortos para la prisión del Conde, y él mismo los llevó á su compañero de Huesca.

Ya hemos visto cuán á tiempo había llegado éste.

Nuestro amigo le seguía, y entró en el

de un líquido de color de topacio, claro, transparente.

Por un movimiento nervioso, como si hubiera visto la muerte asomar á los bordes de aquella copa engañadora se puso de pie y avanzó hasta la mesa.

—Es inútil, se dijo deteniéndose ante aquella y pasando la mano por la frente, bañada en sudor; si no es esa, será otra, y ¡quién sabe!...

La idea del suicidio acababa de cruzar por su mente.

Matándose, las precauciones contra Magdalena cesarían; acaso podría ser feliz; quizás le olvidaría, perdonándole las desgracias que había atraído sobre su cabeza y sobre la de su inocente hijo.

Impotente para defenderla, ¿no sería un bien para entrambos aquella muerte que mataba para siempre el funesto amor de la Condesa?

Anselmo se sentía atraído hacia aquella copa, como se siente atraído por el abismo el que se asoma á sus bordes; parecía que el líquido rebullía; creía oír palabras misteriosas, que escapaban del fondo de la copa, y que llegaban claras, distintas, perfectamente perceptibles á sus oídos.

—¡Bebe! le decían: ¡bebe sin temor! Tu muerte es la salvación de Magdalena, es la vida de tu hijo. Terminarán para siempre sus infortunios; serán dichosos, muy dichosos, y la dicha que disfruten la deberán á ti, no más que á ti. ¿Qué importa el sacrificio de una vida que para nada les sirve? Si tú no bebes, esta ponzoña será para ellos; y en tanto tú conserves una existencia que juraste consagrarles toda entera, ellos morirán maldiciéndote.

Y Anselmo avanzaba hacia la copa, y avanzaba lentamente, levantando, con más lentitud aún, una mano que se dirigía hacia aquella.

Era el vértigo del abismo.

Y la voz misteriosa seguía sonando en

sus oídos, y oía también los gritos de angustia de su esposa, de su hijo, de aquel inocente niño que pocas horas antes había tenido para él una sonrisa, acaso la primera que asomaba á sus labios.

Después, uno tras otro, fueron pasando ante sus ojos, como en mágico cosmorama, todos los recuerdos de su vida: pasaron los años de su juventud, primero; sus luchas para alcanzar un nombre y una reputación, después; la exposición de pinturas; aquel cuadro que él había pintado con tanto cariño; las gentes agrupándose en torno de él para aplaudirle, para declararle el vencedor en aquel certamen de la inteligencia y del talento; aparecían luego la hermosa niña de los ojos azules, las primeras miradas, la carta primera; y seguían aquellos hermosos días de misteriosas y plácidas venturas, que desaparecieron para no volver nunca.

Y detrás de aquellas dichas, de aquellos brevísimos momentos de felicidad inmensa, los cuadros tomaban un tinte sombrío, las nubes pardas y oscuras se amontonaban en el horizonte, y la dicha acababa; un retrato, un duelo; una cárcel... y luego Magdalena, la hermosa niña de los ojos azules, pálida, demudada, con la demarcación de la miseria pintada en el semblante, apurando aquella copa fatal, apurándola hasta la última gota, y cayendo luego como herida por el rayo...

Anselmo levantó la cabeza, miró en torno suyo, y con mano firme, sin que se advirtiera la menor vacilación, tomó la copa y la acercó rápidamente á sus labios.

El abismo vencía.

Pero al ir á beber, se detuvo y volvió á dejar la copa sobre la mesa.

Una sola reflexión había bastado para hacer retroceder á la muerte, que ya se sonreía al enseñorearse de su víctima.

¿No sería más infame abandonar á los seres que tenía obligación de defender?

¿No era una cobardía la que trataba de





## SEÑORAS, MODISTAS, BORDADORAS, SUSCRÍBANSE AL PERIÓDICO GRAN MODA DIRECTOR: DON MANUEL SALVI

Se publica los días 1.º y 15 de cada mes, con 32 páginas encuadradas, 2 láminas de figurín y labores en colores; más de 60 grabados de modas y labores adelantadas de vestidos, con sombreros, abrigos, ropa blanca, abecedarios, etc.; amena y moral lectura, y gran patrón. Los señores suscritores de *El Heraldo de la Guardia Civil* obtienen, sobre el precio de suscripción, el 5 por 100 de descuento, y se suscribe en la administración,

1, CLAVEL, 1.—MADRID

Tres meses, 3 pesetas; seis meses, 6 idem; año, 12 pesetas.

## GEMELOS DE CAMPAÑA

con estuche y bandolera, reglamentarios, para los señores Jefes y Oficiales de la *Guardia civil*.

Gemelo militar, objetivo 19 líneas, cónico; aumenta cinco veces, seis lentes campo de vista á los 1.000 metros 45 metros. Peso sin el estuche, 430 gramos. Precio con estuche y bandolera, 60 pesetas.

Las condiciones de pago y descuento son según la importancia de los pedidos.

LUIS VIVES Y COMPAÑÍA

Calle de Fernando, número 23, BARCELONA

### Nervios.

**El Antinervioso Howard** es el tónico más poderoso del sistema nervioso; no tiene rival para curar vértigos, mareos, el insomnio y pesadillas, temblores, ansiedad, sensaciones extrañas, frío, calor, dolor, irascibilidad, parálisis, falta de memoria, de voluntad y de resolución. Obra reconstituyendo. Remedio para quince días, 4 pesetas.—Venta: boticas, Hortaleza, 110, y M. García, Capellanes, 1.—Va por correo.—**Instituto Audet**, Alcalá, 72 duplicado, Madrid.—De doce á dos.

### Impotencia.

**El Fluido Vital, Gotas Viriles, Glóbulos vitales y Perlas del Serrallo** (5, 6, 25 y 40 pesetas), son los únicos remedios bien informados por la razón sana de un pensador ilustre para curar sin riesgo y con la mayor solidez la **impotencia, derrames seminales** y demás desarreglos genitales por abusos ó vejez. Son tónicos vigorosos y curan **aun cuando se hayan ensayado otros remedios sin resultado positivo**.

Venta: boticas, Hortaleza, 110, y M. García. Van correo.—**Instituto Audet**, Alcalá, 72, Madrid.

### Venéreo-sifilis.

Curación é inmunidad con los remedios antisépticos, **Antiblenorrágico Ivel**, para curar todo flujo uretral, purgaciones, gota militar, etc. **Antisifilítico Cowper**, para la sifilis en todos sus períodos. Precio: 4 pesetas en las boticas, Hortaleza, 110, y M. García. Van por correo. **Instituto Audet**, Madrid.



## FABRICA DE IMPERMEABLES EN BARCELONA

Luis Vives y Compañía

Barcelona, calle de Fernando, núm. 23.

Especialidad en los de forma reglamentaria para los señores Jefes y Oficiales de la *Guardia Civil* y demás Cuerpos del Ejército.

Empleamos el mejor tejido, de color invariable, negro firme, siendo flexible é impermeable garantizado. Capotes de buen corte, engomados y cosidos al mismo tiempo. Facilidades para el pago. Pídanse circulares y muestras.

## SASTRERÍA MILITAR

DE

## VIUDA É HIJOS DE V. J. PASCUAL

Casa fundada en 1814

2, TRAVESÍA DE TRUJILLOS, 2.—MADRID

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros desde la creación de ambos Institutos. Contratas para el Ejército y Corporaciones civiles y militares.

## GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

FUNDADA EN 1840

PREMIADA EN DISTINTAS EXPOSICIONES

DE

## Hijos de Antonio Gil

Prim, 11, y Vitoria, 5, Burgos.

SUCURSAL: Fuencarral, 29.—MADRID

Especialidad en sombreros para la Guardia Civil, Alabarderos, Escolta Real y Cuerpos Diplomáticos.

## Sastrería militar

DE

## FRANCISCO JUAN VIDAL

San Bartolomé, 7, 9 y 11, Madrid.

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros.

Se confeccionan toda clase de prendas de militar y paisano. Corte excelente. Géneros del reino y extranjeros.

cometer? ¿Porqué no luchar hasta el último momento?

Anselmo retrocedió hasta la chimenea, y se dejó caer en la butaca, ocultando de nuevo el rostro entre las manos.

Aquella lucha había agotado sus fuerzas.

En aquella posición, inmóvil, sin que se notase apenas que respiraba, absorto, resolviendo en su imaginación quiméricos proyectos, permaneció cerca de media hora.

Reinaba á su alrededor profundo silencio, y hubieran podido contar los latidos de su corazón.

De pronto, se estremeció como si hubiera sentido el efecto de una descarga eléctrica, y se puso de pie, lívido, con la vista clavada en la puerta por donde una hora antes había desaparecido Eulalia, y con una ansiedad infinita, retratada en su semblante.

Acababa de oír unos pasos breves, duros, rápidos, que, sonando á lo lejos primero, fueron poco á poco aproximándose: sonó una llave en la cerradura, y la puerta giró lentamente sobre sus goznes.

### CAPÍTULO XIX

#### JUSTICIA DE DIOS

Pero contra lo que Anselmo esperaba, no fué Eulalia la que apareció en el dintel de aquella: era un hombre, en cuyo rostro descompuesto se advertían las más desastrosas señales de la embriaguez.

Anselmo no pudo reprimir un grito de asombro: había reconocido en aquel hombre al conde de Sotoverde.

A aquel grito, Claudio, que él era efectivamente, se detuvo y fijó en Anselmo una mirada vaga, sin expresión, la mirada de un hombre completamente ebrio.

—¡Calla! ¿Tú también has venido á refugiarte en el gabinete de mi mujer? dijo con una voz aguardentosa, ronca. Has hecho bien, porque allá, con aquella gente, no se puede estar. Son unos borrachos que no

saben beber; á la tercera botella ya parecen energúmenos.

Y se encaminó á la mesa servida en el centro del gabinete.

Anselmo permanecía de pie, contemplando á aquel hombre, cuya frente surcaban las arrugas de una vejez prematura, y cuyos cabellos se habían vuelto completamente blancos: su mirada parecía la de un idiota, y en todo su semblante estaban profundamente marcadas las huellas del vicio.

—Yo no sé por qué Eulalia no ha querido presidir la cena, continuó el Conde, dejándose caer en una butaca al lado de la mesa; dice que hoy es la gran noche, que hoy se resolverá de una vez nuestro porvenir... ¿Entiendes tú eso?

Y como observase que Anselmo no le contestaba, prosiguió, siempre con la misma incoherencia:

—Ayer hizo que fuéramos el Mellado y yo á buscar á esos dos truhanes, el pintor-zuelo y su mujer, que los engañáramos para que se vinieran por la sierra... Ya ves tú, por la sierra, en un día como el de ayer... Mi mujer tiene mucho talento, mucho... Luego fuimos á encontrarlos esta noche, con un frío que helaba las palabras, y nos hemos traído á la Marquesita y al niño... ¿Qué querrá hacer mi mujer con ellos?

Anselmo no perdía una sílaba; toda su alma se había reconcentrado en sus oídos.

—Pero, en fin, ella lo ha dispuesto así, y ella sabe mucho... A no ser por su talento, hubiéramos tenido que devolver á esos mendigos lo que dicen que les pertenecía... ¡Ja, ja, ja! Yo en tanto puedo beber con entera libertad; pero con aquellos no se puede... no tienen resistencia... ¡Hola! ¡Y la Condesa ha cenado aquí, madurando sin duda su plan, ese plan que va á ejecutar esta noche!... Apostaría cualquier cosa á que trata de deshacerse de ellos... ¡Qué diablos! El juez, aquel juez que quería en-

redarnos, pudiera fácilmente volver de Filipinas, y entonces...

Un estremecimiento de terror recorrió todo el cuerpo de Anselmo; un sudor frío inundó su frente, y tuvo que apoyarse contra la repisa de la chimenea para no caer.

—Eulalia se cuida bien siguió diciendo el Conde, mientras examinaba los diversos platos colocados sobre la mesa; pollos... perdices... jamón... Champagne... Burdeos... Rhin.

Y se detuvo de pronto: acababa de fijarse en la copa que contenía el veneno, y abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Calle! ¿Qué es esto? continuó, tomando la copa y examinándola á la luz de la lámpara colocada sobre la repisa de la chimenea. Yo no conozco este vino... no lo he visto nunca. Parece que la señora Condesa tiene sus secretos.

Anselmo seguía con mirada ansiosa los movimientos de Claudio: hubiérase dicho que su corazón había cesado de latir.

—¡Qué diablo! El aroma es excelente... continuó el Conde, que había acercado la copa á los labios; veamos ahora el sabor, y como sea bueno...

Y de un solo trago, sin vacilar, sin detenerse, apuró el contenido de la copa.

Anselmo había lanzado un grito, se había arrojado sobre él para arrancarle la copa de las manos, pero era tarde: el movimiento de Claudio fué más rápido, y cuando Anselmo llegó á su lado, había desaparecido por completo el contenido de aquella.

El efecto fué instantáneo: como herido por el rayo, el desgraciado Claudio cayó pesadamente al suelo, y Anselmo dejó de oír su respiración fuerte y desigual.

Se inclinó sobre él, puso una mano sobre su corazón, y creyó encontrar aún un resto de vida.

Entonces, olvidándolo todo, borrando de su memoria el mucho daño que le había hecho aquel hombre, Anselmo se lanzó sobre el cordón de la campanilla, que se veía

al lado de la chimenea, y empezó á tirar con fuerza, gritando al mismo tiempo:

—¡Socorro, socorro!

Oyóse el sonido de la campanilla, repitiéndose á lo lejos, y más lejanos aún, fuertes golpes que parecían provenir de la parte de afuera del castillo.

A la tranquilidad que reinaba momentos antes, siguióse un tumulto extraordinario: hasta Anselmo llegaban, aunque debilitados por la distancia, rumores de carreras, de voces, de puertas que se abrían con estrépito, y la campanilla que seguía vibrando, en tanto que él continuaba pidiendo socorro.

Poco á poco el tumulto fué calmándose, y Anselmo se decidió á salir del gabinete en busca de auxilios para aquel desgraciado, en cuyo pecho había creído sorprender todavía un átomo de vida.

Dirigióse á la puerta, que el Conde no se había cuidado de cerrar, y salió al salón inmediato: rumor de voces y de pasos de gentes que se acercaban le hicieron detenerse y esperar.

Un momento después, la Condesa apareció en la puerta del salón, y detrás de ella un hombre de aspecto severo y grave, vestido en traje de camino, cubierto aún de nieve, con las señales del cansancio que produce un largo viaje pintadas en el rostro, y detrás de ambos, á alguna distancia, dos guardias civiles, envueltos en sus anchos capotes.

La Condesa parecía dominada por una gran irritación; sus ojos despedían llamas de furor, y por su boca contraída escapaba como un rugido salvaje.

Al ver á Anselmo, se detuvo.

El hombre de aspecto grave se detuvo á su vez, y los guardias quedaron á ambos lados de la puerta, como guardando la salida.

—¿Vienes á gozarte en tu obra? exclamó la Condesa con acento de ira, de cólera inmensa, dirigiéndose á Anselmo: ¿Has